



Dos poemas

Diana del Ángel

PARA EL JOVEN QUE PERDIÓ SU NOMBRE

*El pájaro rompe el cascarón. El huevo
es el mundo. Quien quiera nacer tiene
que romper el mundo. El pájaro vuela
hacia Dios. El dios se llama Abraxas.*

Hermann Hesse

I

Aparece, poco a poco, en la neblina
el gesto de desdén en tus labios,
tu irónico silencio,
tu voluntad de hacer historias sólo para el aire,
tu rastro de color en los caminos,
tu vocación de perseguir nacimientos.
Todo eso que fuiste
antes que la vida te probara,
y te quedaras hueco
como un capullo no nacido.

Siempre decías que de tus dos nombres
el primero, más bien común,
era como una moneda de cambio.
El otro, Abraxas, era el que más te gustaba,
o al que hubieras querido parecerte.



Accademia itálica, Londres, Impreso por P. Lillcrap, 1666. Biblioteca del Congreso

“Lámame así”, me dijiste,
“tú y yo debemos llamarnos
por nuestro verdadero nombre.”
Y me reprochaste que no supiera el mío.

Y así te llamé cuando perseguíamos quimeras
por los vacíos vagones del metro,
o mientras hurgábamos entre los escombros
ansiosos de hallar una reliquia.
Por las tardes veíamos la luz que moría
a través de las hojas de los árboles.

Yo siempre buscaba pedazos de corteza,
hojas, flores y piedras
y las guardaba en una caja
para llevarlas conmigo a donde fuera.
A veces me ayudabas a juntarlas,
otras, desentrañabas su íntima historia,
el resto, percibía tu mirada, entre burlona y dulce,
quizá porque entonces ya supieras
de lo efímero que era todo ello,
o simplemente, porque ya desde entonces
se gestara en ti ese dolor fulminante
de lo que perdiste para siempre.

Me contabas al borde de la barranca,
las historias que daban cuenta de tu nombre:
de tu abuelo enjuto y malhablado, joyero de Tepito,
de su taller a donde te dejaba entrar sin vigilancia,
de las cubetas llenas de polvo de oro
donde, feliz, metías las manos
para sentir la dicha de ser el consentido.
Del padre luminoso de tu infancia,
dueño de una sonrisa hechizante,
sabedor de las palabras justas para aplacar la furia

y sacar a flote la esperanza,
el artífice de juegos insólitos
para alegría de los niños de la cuadra.

Y tras tus risas y silencios largos
fui escuchando en tu otra voz
que tu padre había elegido ese nombre para ti,
aunque nunca te llamara de ese modo,
“Porque uno debe ganarse el nombre,
mira este libro para que entiendas
de dónde viene el tuyo”, te dijo.
Te daba libros, nunca su palabra.
Por tu voz entendí
esa mirada tuya
tan de pájaro y serpiente
que buscaba la aquiescencia de tu padre
a la vez que rechazaba el abrazo de los otros.

II

Quisiste bajar al fondo de la barranca,
pues tu nombre te lo exigía.
Nos adentramos, tomados de la mano,
seguros de que el puente hecho con nuestros dedos
sería más seguro y preciso
que todas las palabras juntas.

En lo más profundo,
vimos en nosotros nuestro reflejo:
tú no podías pronunciar tu nombre,
y yo seguía sin encontrar el mío.
Dejaste de llamarme por las tardes,
nuestras manos perdieron su rumbo
tus palabras dejaron de tocarme
y tu piel ya no encendía el río de mi sangre:
no hubo manera de volver de la sima.

Me dijiste que debía tomar mi camino,
que estabas harto de verme juntar cosas
con las que nunca haría nada,
de oír no mi nombre, sino cómo lo había perdido.
También yo me había cansado de escuchar
las mismas historias,
sobre un destino que no era el tuyo.

El otro día te vi en un río de gente,
tu paso se había vuelto torpe,
tu rostro ajado, en tus ojos
ya no había el brillo de esas tardes,
tiré de tu suéter. Me miraste
como se busca entre la noche una sombra.
Balbuceabas algo.
Recordé todo lo que había oído de ti
desde que nos perdimos esa tarde,
de tu corazón de ajenjo
de tu hija, para quien elegiste el nombre de una diosa.

Me habría gustado decirte
que descubrí no mi nombre,
sino mi voz,
y que sin el dolor de la barranca
me faltarían fuerza y palabras para decir.
Quise nombrarte y traerte de nuevo,
como eras aquellas tardes,
o al menos detener tu paso en esa corriente,
pero tu nombre
se ha vuelto cicatriz en mi lengua.

HOMBRE POR VENIR

Con qué fórmula de alquimia describirte.
Con qué perfume comparar tu aroma
si tan sólo eres imagen. Presentida
brisa en la epidermis, por las tardes
cuando nombro barro tu cuerpo, cuánta agua
se me agolpa tras los labios cuando miro
tu boca, flor nacida para marzo. Y yo aquí,
sin poder palparte las junturas,
nomás imaginándome tu enero,
queriendo ser abril en tus cabellos, nomás
juntando los olores del naranjo, de una tarde
vaporosa, de la avena loca sembrada
en la ribera de tu infancia, para ver si así
te haces aroma de mis días, para ver
si te adentras río en mi montaña. ❧